

CON LETRA DEL NUEVE

En el gallinero

Hay gallineros reales, con pitas y pollitos, y gallineros metafóricos, que son esos altílos de los teatros donde se sitúan las butacas más baratas y, por tanto, las más alejadas del escenario. Yo he estado en gallineros donde el escenario era una simple intuición, perdida entre la miopía y el asiento de saldo. A ese gallinero metafórico del último anfiteatro hay entusiastas que le llaman paraíso, que suena mucho más elegante, pero lo cierto es que se ve igual de mal. Lo bonito es que, como todo está borroso y las voces no llegan allá arriba, el público se imagina la obra, que gana mucho con la ilusión del espectador.

En Galicia, al gallinero le llamamos poleiro, y aunque el poleiro tradicional tiene cierre de somier y conchas de mejillones por el suelo —para que las gallinas consuman calcio—, también tenemos poleiros metafóricos. El caso más célebre es el de Mariano Rajoy, al que en el congreso del PP gallego de 1998 enviaron al poleiro para que tomase nota de quién mandaba en Galicia. El poleiro, visto así, es como la silla de pensar que hay en las guarderías para castigar al niño revoltoso y respondón.

En Buenos Aires, que por algo es la ciudad más gallega del mundo, también saben mucho de poleiros. Y como la política argentina tiene tanto de Galicia como de Italia, llega un punto en que uno ya no sabe si los gallineros son metafóricos o reales.

Lo sufrió Borges. Desde 1937, el escritor trabajaba en la biblioteca municipal del barrio de Boedo. Pero en 1946, Perón llegó al poder y ordenó mandarlo al poleiro. Solo que en este caso no se trataba de una metáfora. Lo nombró «inspector de aves, conejos y huevos» en un gallinero municipal.

Con ese gesto, Perón inventó el populismo. Y desde entonces, el mundo no ha dejado de poner a sus Borges a vigilar gallinas.

Hemeroteca Domingo, 29 de diciembre de 1912

Perfil de un sepulturero

Nos vamos «en busca de Ramón», al que «la implacable considera y distingue como funcionario suyo», para retratarlo «en sus dominios»

Á. M. CASTIÑEIRA
REDACCIÓN / LA VOZ

Vaya por delante que todo lo que sigue se escribió «con permiso del enterrador». Lo aclaraba, ya en el antetítulo, el autor del perfil de quien en 1912 era el «señor de San Amaro», el cementerio de A Coruña, y que empezaba así: «Este hombrón es el que factura a los mortales en la estación de término [...]. Aquello de la *tétrica mirada* que dijo el poeta no le cuadra a este sujeto; en lo tocante a la *mano despiadada*, no podemos decir otro tanto ni hay noticia de que lo haya dicho ninguno de los pasaportados».

El periodista tuvo «la honra de presentarlo al público» como un hombre para el que «la terrible y esquelética señora de la guadaña es algo corriente, como el mal vino y los brigadieres infumables [...]. La implacable le considera y distingue como funcionario suyo. El fatal fouciño se embota en la piel de Ramón».

Para componer el retrato, a «sus dominios fuimos en busca de Ramón una tarde de sol [...]. Hombres de fuste que gozaron la hora del triunfo y nos deslumbraron con el brillo de las pompas han ido a pasar por fin a las manos callosas del hastial. Cuando emerge una figura de esas ante las cuales la multitud se prosterna y los periodistas le damos de firme al incensario, Ramón huele el incienso, sonríe, aguarda y vence [...]. Prevalce como un dios. Ave, Ramón, espíritu por inédito incognoscible: permite que



Ramón García Amenedo, enterrador del cementerio coruñés de San Amaro que «hubiera prestado grandes servicios a Poe y a Maupassant», en un grabado de Cortés, redactor gráfico de La Voz de Galicia.

te adule quien aspira a que le aguardes en vano...».

De Boimorto

Enterado del origen del enterrador, el reportero no pudo evitar la apostilla. «Ramón García Amenedo nació en Boimorto. ¿Lo ven ustedes? ¡Boimorto! Es una especie de ejecutoria [...]. Un sepulturero nacido en Infesta sería un sarcasmo: en Boimorto, es una cosa lógica».

En el momento de la entrevista, llevaba Ramón 14 años trabajando en el cementerio coruñés, un dato que «nos sugiere una pequeña operación aritmética. Catorce años a 365 días son 5.110; calculando, término medio, a cuatro muertos por jornada, resulta que Ramón ha metido bajo tierra a 20.440 cadáveres en esos añitos de reinado suyo. ¡Qué tragaderas!».

La pregunta era obvia:

«—Y viendo tanto malpocado como se va de la vida, ¿no ha sentido usted miedo de morir?»

«—¡Boh! —dice Ramón con flemma—. El miedo non lle sirve para nada. Medo téñeno os flacos de estómago. E o meu...»

«—¿Qué, está sano?»

«—Non se come máis por que non hai.»

Aseguraba el sepulturero que «en noches pasadas por él junto a sus vasallos, no sintió nunca el pavor ni le visitaron las ánimas en pena. O le conocen o les parece poco grata su compañía o lo temen».

Las botas del muerto

Llegado el momento de la despedida, y «dispuestos a hacer gracia a los lectores con algunas impresiones de él obtenidas, alguien presente le hizo una ex-

traña pregunta:

«—¿Y no aprovecha usted algo de... diremos, de lo que queda por ahí al remover las sepulturas?»

«Ramón sonrió picarescamente.»

«—Xa cho creo —dijo—. Miren. ¿Ven? Estas botas que levo nos pés sonlle de un morto.»

«—¡De un muerto!»

«Nadie en la reunión pensó en permanecer allí ni un minuto más. Callados y mirándonos de reojo, llegamos hasta la verja y salimos del recinto. Ramón, sonriente siempre, nos paró a la puerta.»

«—Pois si —agregó—, de un morto... Porque o becerro de donde sacaron o pelexo para facer a suela debía de estar morto, ¿non si?»

«No hubo más remedio que asociarse a la carcajada con que el sepulturero remató el siniestro chascarrillo.»

La broma decía bastante del carácter despreocupado del trabajador del camposanto. Y más, conociendo el contenido de una nota publicada en la edición de La Voz del 25 de octubre de 1904: «El alcalde ha comprobado la existencia de los hurtos que venían cometiéndose en los nichos y sepulturas del cementerio católico, de que hemos dado cuenta en días pasados. Para castigar la censurable apatía del encargado de la necrópolis, Ramón García, le impuso 15 días de suspensión de empleo y sueldo».

Completado el perfil el periodista abandona el cementerio coruñés.

«—Adiós, Ramón; que nos espere moitos anos.»

«—Non teño prisa...».



Real Asociación
Amigos
Museo
Reina Sofía

GRACIAS

A todos nuestros socios.

Por su generosa colaboración con la que podemos apoyar al Museo a través de donación de obras de arte y otras acciones.

Tú también puedes colaborar y disfrutar de las ventajas de ser socio

www.amigosemuseoreinasofia.org
c/ Santa Isabel, 52 - 28012 - Tel: 915 304 287
asociación@amigosemuseoreinasofia.org